
Mi amistad con Constantino Láscaris

Francisco Álvarez*

Conocí a Constantino Láscaris, casi con toda seguridad, antes que cualquier otra persona en Costa Rica. Recuerdo con precisión el lugar de nuestro primer encuentro. Fue alrededor de una mesa, al aire libre, en el madrileñísimo Paseo de La Castellana. Por lo del "aire libre", debió ser avanzada la primavera, en el verano o a comienzos del otoño de un año que no puedo ahora precisar, pero que, por ser algún tiempo antes de mi venida a América, calculo que sería el año 1949 o el 1950.

Me lo presentó un amigo común. Por lo escasamente corriente de sus apellidos me quedó grabado el recuerdo. De haberse llamado Pérez o Fernández quizás éste no se me hubiera quedado en la memoria, a pesar de la coincidencia, que en el transcurso de la conversación descubrimos, de haber ambos estudiado filosofía en la universidad de Madrid. A propósito de esto último, recuerdo muy bien que, si no antagonismo, surgió, en mí, una especie de prevención. Y es que por aquellos años todavía, en España, surgía en relación con cualquier asunto, cosa o tema, la pregunta de si eso había sido antes o después de la guerra civil. No necesité preguntarle cuándo había estudiado, pues de haber sido antes yo le hubiera ya conocido. Los de mi generación, quienes habíamos cursado los estudios en la Facultad de Filosofía y Letras de la universidad de Madrid, estábamos muy orgullosos de ello, pues bajo la decanatura de Manuel García Morente y bajo el plan de estudios por él implantado, la Facultad vivió los mejores días de su historia y era, sin exageración, de lo mejor que por entonces existía en toda Europa. Claro es que, aparte tino en la administración y planes de estudio, dábese la circunstancia feliz de la existencia de una pléyade

* Licenciado en Derecho y Doctor en Filosofía, autor de numerosos libros y artículos. Tutor de Filosofía en el Stdivim Générale Costarricense de la Universidad Autónoma de Centro América. Antes Decano de la Facultad de Filosofía en la Universidad de Cuenca (Ecuador), profesor en la Universidad de Concepción (Chile), Catedrático de la Universidad Nacional de Costa Rica desde su fundación.

de profesores de lo más egregio en sus respectivos campos: Menéndez Pidal, Américo Castro, Montesinos, Entrambasaguas, Dámaso Alonso, Sánchez Albornoz, Ortega y Gasset, Xavier Zubiri, José Gaos, Asín Palacios, el propio García Morente y tantos y tantos otros. Sabíamos, y lo teníamos en todo momento presente, que, concluida la guerra, la casi totalidad de esas brillantes figuras quedaron fuera de la universidad y que, quienes en la actualidad ocupaban la cátedra, en la mayoría de los casos, no podían ni siquiera compararse con aquellos otros. De ahí, lo justificado del "antes y después", en este caso más que en cualquier otro y, de ahí también, esa que denominaba hace un momento desconfianza o "prevención".

Ni que decir tiene que todas estas consideraciones y prevenciones las viví entonces solo en mis adentros y que la conversación fue cordial. Sí quiero tener la vaga idea de que hablé de la difícil situación en que nos encontrábamos precisamente los pocos que habíamos concluido los estudios antes de la guerra civil y que habíamos estado, durante ésta, en la por entonces bautizada con el nombre de "zona roja". Es muy probable que, por estar, ya por entonces, haciendo gestiones para venirme a América, la conversación, en algún momento, abordara este tema. Pero, no puedo asegurarlo. Y esto es, apenas, lo que recuerdo de nuestra primera entrevista.

No pasó mucho tiempo sin que se cumpliera mi deseo de venir a este continente. La verdad es que el hecho ocurrió de la manera más sorprendente. Un buen día, recibí una carta del Vicerrector de la universidad de Cuenca del Ecuador, manifestando que el Consejo Universitario había decidido fundar la Facultad de Filosofía y Letras y que me ofrecían la organización y dirección de la misma. Hacían mención de que mi elección la habían hecho por recomendación de un compatriota filósofo, el doctor Juan David García Baca. Hago mención de este hecho porque él me permitió volver a encontrarme,

si no físicamente ahora, sí por mención, con Constantino Láscaris. En efecto, eran muchos los intelectuales españoles que, como yo, andaban por aquellos tiempos intentando salir al exterior en busca de mejores ambientes para el desarrollo de su personalidad. Entre ellos estaba un distinguido filósofo y muy querido condiscípulo, de los escasos que terminamos la licenciatura en filosofía un par de meses antes del inicio de la guerra, Antonio Rodríguez Huesear. Pues bien: habían pasado algunos pocos años de mi llegada al Ecuador, cuando un día recibí una carta suya en la que me hablaba de cómo marchaban sus asuntos, allá, en España, en relación con su proyecto también de venida a algún país de América Latina. Me decía que había intentado venir a Costa Rica, pero que, a última hora, las autoridades de acá habían decidido escoger a una persona llamada Constantino Láscaris y que él, más bien, había sido invitado a ir a la universidad de Puerto Rico. "Por acaso, me preguntaba, ¿le conoces tú?". Ante aquella carta volví a acordarme de nuestro encuentro unos cuatro o cinco años antes en Madrid.

Por regla general, como Decano de la Facultad, por mis manos pasaban los numerosos libros y revistas que, o bien comprábamos o bien nos enviaban como canje de muchos centros de educación superior de muy diversas partes del mundo. El caso es que desde que recibí la carta de mi compatriota y amigo, puse especial interés en revisar lo que llegaba de Costa Rica y que, en verdad, era poco, apenas la Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica. Por ella entré en conocimiento de otro compatriota, Teodoro Olarte, que, por entonces, a través de sus artículos, manifestábase como convencido existencialista. Y, a poco también, me topé en ella de nuevo con Constantino Láscaris. Se puede decir que, desde entonces, años 1956 ó 1957 estuve leyendo cuanto en la citada revista escribían ambos filósofos compatriotas. Eso fue por unos 10 años continuados, aproximadamente, hasta 1965, en que salí del Ecuador para marchar a Chile, como profesor titular de la universidad de Concepción.

Mi reencuentro personal con Constantino Láscaris, ya aquí, en Costa Rica, fue obra de una casualidad. Resulta que, un buen día, llegó a visitar

el Instituto de Filosofía, del cual era yo, por entonces, Director, Claudio Gutiérrez, quien, también por aquel tiempo, comienzos del año de 1971, era Director de la Cátedra de Filosofía de Estudios Generales en la Universidad de Costa Rica. Visitó el Instituto, le presenté a los profesores que allí estaban y, entre las cosas que me dijo, me insistió en su deseo, a ser posible, de que algún profesor de filosofía del Instituto viniera en intercambio a la Universidad de Costa Rica por algún tiempo, por un período de unos ocho meses. Cuando se despidió hablé con los compañeros del Instituto, les dije de aquel ofrecimiento, pero la verdad es que nadie se interesó. Pasaron unos pocos meses y recuerdo que, de regreso mi esposa y yo de un viaje por Argentina y Uruguay, de vacaciones, a poco aquella, en vista de la catastrófica situación económica del país por aquel tiempo, durante el gobierno de Salvador Allende, me recordó la visita de algunos meses antes del Dr. Gutiérrez y me soltó así, de improviso: "¿Por qué no le escribes tú? Le envías tu curriculum y vamos a ver qué te contesta, si es que todavía están interesados en la idea de recibir a un profesor de filosofía". "Quizás así, añadió, se nos abra una perspectiva, pues aquí, tal como van las cosas, a poco va a ser muy difícil vivir". Obedecí, así lo hice y la verdad es que, a fines de julio de 1971, llegaba a Costa Rica, para iniciar las clases a partir del primero de agosto. Recuerdo que me hice cargo de un curso del doctorado, de unos cursos también de filosofía en Estudios Generales y de un seminario los miércoles, a las tres de la tarde, aprovechando la reunión semanal de los profesores de la cátedra de filosofía. Aquí, estuve hablando, durante varios meses, sobre la filosofía de Fichte. Al final, ya en enero o febrero de 1972, poco antes de salir de nuevo de Costa Rica, el recordado Roberto Murillo me pidió que redactara las conferencias del seminario a fin de publicar un libro. Por la premura del tiempo, escribí frenéticamente y poco antes de marcharme le entregué los originales. Ya estaba fuera del país cuando el libro se publicó bajo el título de "Fichte y las raíces de la filosofía contemporánea".

Ni que decir tiene que una de las primeras personas con las que me relacioné, nada más al

llegar a Costa Rica, fue con Constantino Láscaris. El encuentro, quiero recordar, fue ahora, como antaño, en derredor de una mesa, si bien no de un bar del Paseo de La Castellana, sino, a miles de kilómetros, de la soda que existía en la planta baja del edificio de Estudios Generales. Le recordé aquel encuentro de hacía algunos años, en Madrid, y se acordaba también, ligeramente. De inmediato noté en él su apertura, su calor humano, su deseo de prestar ayuda al compatriota y colega que acababa de llegar al país. Y es esto, precisamente, lo que deseo peraltar en estas líneas. Lo hago por raro, hasta por inaudito, me atrevería a decir. Pues lo que, desgraciadamente, la vida me ha enseñado es que, en casos como éstos, de dos personas de la misma ocupación y gremio, que se encuentran, surja, de inmediato y casi instintivamente, un cierto recelo, si no animadversión. En suma, que la una procure opacar a la otra. En el mejor de los casos, si no obrar de tal manera que se cause algún daño, por lo menos no hacer tampoco nada que pueda servir para aupar y lograr así que el otro se destaque y por parte de los demás se le aprecie. Yo diría que esta manera, normal podríamos decir, de proceder, que repito, he podido comprobar innúmeras veces en mí ya larga vida y en muy diversos escenarios, débese a una sencillísima razón, que cabría resumir diciendo que los más son menos. Sólo muy pocos son más. En los verdaderamente grandes no hay complejos de minus valoración y por eso jamás temen que al realzar y al valorar al otro ello pueda contribuir a rebajar o disminuir la propia valía y talla. Como auténtico grande Constantino Láscaris pertenecía a esta escasísima especie.

No rehuía el trato, que, en cambio, he visto en tantos otros. Buscaba la intimidad en la relación con el prójimo, la amistad, por tanto y no, en cambio, la mera relación superficial, de compro-miso o protocolo diría, tan frecuente por éste y otros pagos, Son varias las veces que he hecho referencia ya a este fenómeno, tan propio y significativo, de las relaciones puntuales, por llamarlas de alguna forma. Las gentes hablan, comparten, ríen, se cuentan dimes y diretes en tono festivo, cuentan chistes, se palmetean las espaldas en la reunión ocasional y, terminada ésta, se interrumpe

la relación y si te vi no me acuerdo, hasta la próxima reunión en que se volverá con los mismos chistes y los mismos ademanes amables y amistosos. Pero todo es así, puntual, y jamás se encuentra el dulce vínculo de la amistad, que ya tan bellas páginas inspiró a Aristóteles en su Etica. Pero Constantino era lo contrario de lo sólito, de lo corriente, probablemente por aquello de que, como apuntaba hace un momento, era más y no menos y no temía, en la conversación morosa y dilatada, descubrir sus flaquezas. La, por el contrario, habitual y corriente, manera de ser y, como consecuencia, de actuar, se me reveló de pronto, a poco de mi llegada. Como vivía solo, en un chalet de una familia anglo costarricense, que me cedía una habitación, un baño y desayuno, en un bonito barrio cercano a la universidad, en la Granja, procuraba pasar la mayor parte del día en la universidad, aunque no tuviera clases. Por dos razones: primero, porque apenas me había traído unos pocos libros de Chile e iba a la biblioteca de la universidad a leer. Segundo, por el natural deseo de trato con gentes que se supone son afines a uno. Pues bien: no hacía apenas unos pocos días de llegado y en conocimiento ya de varias personas, principal-mente colegas, me fui una mañana al campus y me dirigí hacia el edificio de Estudios Generales. He aquí que llega un colega, al que me habían presentado un par de días antes. Le abordo y le saludo en mi anhelo de conversar un poco con él. Intercambiamos unas pocas palabras, en efecto, y, apenas transcurrido un minuto, el colega me extiende la mano y se despide con un "bueno, hasta otro rato" o cosa parecida. Eso sí, todo ello con una amplia sonrisa y en el tono más cariñoso del mundo.

Dado lo brusco de la despedida, yo pensé para mis adentros: "habrá terminado sus clases e irá a algún asunto de urgencia", o bien "acaso tenga precisamente alguna clase a esta hora". Di unas cuantas vueltas por el *campus* con el designio interior de ver si encontraba alguna otra persona conocida con quien conversar y, no hallándola, decidí, como hacía otras veces en último recurso, acercarme a la soda en los bajos del gran edificio de Estudios Generales, para ver si allí encontraba alguna cara conocida y para tomarme una taza de café o de té. Pues bien: nada más entrar, y para mi

sorpresa, me encuentro allá, en torno de una mesa, con otras dos o tres personas, al colega que, unos pocos minutos antes, había cortado bruscamente una conversación y se había despedido como si tuviese gran prisa y se le estuviese haciendo, justo a causa de la conversación, muy tarde. Para mí aquello fue una sorpresa. Pero como se repitió una vez y otra, a poco comprendí, generalizando a base de la experiencia, que se trataba de algo más que una fortuita extraña manera de comportarse; más bien, de un extendido modo de ser que conducía a eso, a la frecuencia de lo que, a partir de entonces, bauticé con el nombre de *relaciones puntuales*.

Recuerdo siempre, agradecido, el enorme interés de Láscaris, a poco de volver a reunirme aquí, por hacer que se me conociese. "Te voy a presentar a Fulano de Tal", me dijo al principio muchas veces. Y siempre el Fulano de Tal era algún personaje importante, en el ámbito de la educación, de las letras, de la política. Creo que fue él quien, a los pocos días de llegar, quiso presentarme al que era por entonces Rector de la Universidad de Costa Rica, el Lie. Eugenio Rodríguez V. El me llevó un día al periódico La Nación con el objeto de que me hiciesen una entrevista, que, por cierto, fue muy destacada, hasta con titulares en la primera página. Más que por la filosofía, el periodista se interesó por la política y me interrogó muy por extenso sobre la situación de Chile.

Sabiendo que había sido discípulo de Ortega y Gasset, me llevó al Instituto Costarricense de Cultura Hispánica e hizo que organizaran un curso de varias lecciones sobre el ilustre pensador español. Recuerdo, por cierto, que aquellas conferencias sobre Ortega despertaron en mí el deseo, latente durante muchos años, de escribir un libro en donde tratase de probar que Ortega poseía un sistema filosófico coherente, cosa que más de una vez se le ha negado. Son muchos, en efecto, los que, al enjuiciar a Ortega, se han pronunciado más o menos así: "Es un magnífico escritor, un brillante ensayista, pero no es un filósofo, ya que carece de un sistema". Cuando tuve listo el libro fue de nuevo Constantino Láscaris quien vino en mi ayuda para que se publicara. Me llevó con los originales a la Editorial de Costa Rica, me presentó a quien por entonces estaba al frente de aquella

institución, habló sobre la importancia de la obra y consiguió que la aceptaran. Bajo el título de "El pensamiento de Ortega" se publicó en 1980.

Otro día, recuerdo también, me invitó a que le acompañara a Alajuelita, pues quería, me dijo, que conociera a una persona importante en el país, un gran intelectual y, sobre todo, un gran orador, a quien estimaba mucho, Alejandro Aguilar Machado. Y en su viejo auto allá fuimos y pasamos una tarde muy agradable en un viejo caserón, según quiero recordar, conversando de tiempos pasados.

Entre tantas cosas comunes que encontramos, aparte españolismo, dedicación a la filosofía, estudios en la misma universidad, haber tenido ambos que expatriamos, etc., conversando un día, a poco de llegar, encontramos otro hecho que, por así decir, nos ligaba: la relación que uno y otro habíamos tenido con un ilustre profesor español, Santiago Montero Díaz. Láscaris le admiraba, como otro, por lo menos, que había sido también su discípulo y que yo contraté, estando en Ecuador, para que fuera como profesor a la universidad de Guayaquil; Láscaris le consideraba el mejor profesor que había tenido y, es más, llegó a ser su ayudante en la cátedra de Historia de la Filosofía Antigua. Por mi parte, yo nunca fui su alumno porque Montero Díaz sólo fue a la universidad de Madrid con posterioridad a la guerra civil y yo, como advertí, había terminado mi licenciatura antes. ¡De nuevo otra vez el obligado *antes y después* con motivo de aquella dichosa guerra! Mi relación con él se entabló de la siguiente manera: allá, por el año 1966, estando yo en Chile y siendo Director del Instituto de Filosofía de la universidad de Concepción, nos enteramos de una especie de hecho escandaloso que había acontecido en la universidad de Madrid: se trataba de que habían suspendido del ejercicio de sus cátedras, no sé si temporal o definitivamente, a algunos catedráticos y, entre ellos, a dos que nos afectaban muy directamente por ser filósofos, José Luis Arariguren y Santiago Montero Díaz, precisamente. La verdad es que el último no era filósofo sino historiador, pero lo cierto es que, como apuntaba más arriba, tenía a su cargo la cátedra de historia de la filosofía antigua y, bajo este desempeño, es como le había conocido Láscaris. El Instituto, ante aquel atentado a la

libertad de cátedra del franquismo, a pesar de que éste, por entonces, andaba ya, como resultado de los tiempos, muy moderado y ya no era la atroz y dura dictadura que había sido durante las décadas de los cuarenta y de los cincuenta, decidió invitar a ambos ilustres pensadores a que vinieran a la universidad de Concepción para impartir en ella sus clases. Recuerdo que José Luis Aranguren agradeció, pero declinó la invitación porque había aceptado ya un ofrecimiento similar que le había hecho una, creo, universidad norteamericana. Pero Santiago Montero Díaz aceptó y vino al Instituto como profesor titular. Estuvo allá por algún tiempo, dos o tres años, hasta que, cambiando el ambiente en la península, se regresó a España. Por cierto, que mis relaciones con él no fueron demasiado cordiales. Sí, al principio, pero, a poco, se hicieron más bien tirantes. La razón, muy sencilla: Montero Díaz, que había sido adicto al régimen -al de Franco, se entiende-, falangista o, más bien, de las JONS, a la sazón había cambiado, se había ido al otro extremo y eso explica el porqué de su cesantía como catedrático de la universidad. A poco de llegar a Chile comenzó a ligarse estrechamente con el sector más extremista y radicalizado de la universidad, los dirigentes del movimiento de izquierda revolucionaria, conocido con las siglas de MIR. Aparte esto, en relación con la política interna de España, era nacionalista gallego. Recuerdo que, en alguna ocasión, invitados ambos, el y yo, a cenar por el funcionario que dirigía los programas de extensión de la universidad, un gran señor, en el transcurso de la conversación, no sé cómo, derivó ésta hacia Castilla y Galicia y, con pasión y hasta, creo, con ánimo de fastidiarme, pues sabía bien que era castellano, salió de pronto con que Galicia era un país conquistado y esclavizado por Castilla y, no sé por cuáles desvíos del discurso, dedicóse a lanzar algunas invectivas en contra del Cid y de los castellanos, sus descendientes. A mí, entonces, se me ocurrió decir algo así como esto: "yo no sé si Ruy Díaz del Vivar fue todo eso que Ud. dice, pero, en todo caso, advierto que no descendo de él, pues me apellido Alvarez y no Díaz". Lógicamente, Montero Díaz cogió la pulla y, a poco, dimos por terminada la cena.

Cuando le conté a Láscaris estas experiencias mías en Chile y algunas de las *salidas* y posturas de Montero Díaz, rió mucho y me explicó que siempre había sido así, mordaz, satírico y que todo eso, aparte su saber, eran las razones de que conquistase la buena voluntad y admiración de muchos de sus alumnos.

De aquella mi primera estancia en Costa Rica poco más recuerdo de mis relaciones con Constantino. Algunos profesores de la cátedra de filosofía de Estudios Generales hacían ciertas excursiones los sábados o los domingos. Entre los asistentes recuerdo a Fernando Leal, a Francisco A. Pacheco, a Roberto Murillo, a Constantino y a otros varios que ahora no preciso y, claro es, yo mismo, deseoso de conocer lo más posible la geografía del país y que, por eso, no faltaba casi nunca. Entre otros sitios en donde estuvimos recuerdo con cierta precisión una excursión a Dota y a San Marcos de Tarrazú, que eran sitios preferidos y que frecuentaba muy a menudo el ya citado y, desgraciadamente, ya fallecido Roberto Murillo. Y, un detalle: recuerdo una ocasión en que, ya de regreso, comencé a tener, no sé por qué, por cierto, exceso en la comida o por el trajín del viaje, el sol y el aire, una fuerte jaqueca, que, incluso, determinó en cierto momento que tuvieran que parar el auto en que viajábamos para que yo pudiera bajar y devolver. Ya en San José había pasado bastante mi malestar, pero Constantino quiso acompañarme hasta la casa en que vivía, en el barrio La Granja, como ya he dicho.

También, tres o cuatro veces, a la caída de la tarde, Láscaris me invitó a que le acompañase a Heredia, donde tenía no sé qué asuntos entre manos. Viajábamos los dos en su vetusto automóvil siguiendo siempre la ruta de Guadalupe, Tibás y Santo Domingo. Un inciso en relación con la enorme diferencia entre el ayer y el hoy. Recuerdo que, más de una vez, en el trayecto entre Tibás y Santo Domingo, por las curvas que bajan hacia el entonces estrecho puente sobre el río Virilla, era tal la lóbreguez, el silencio y la oscuridad del lugar, que comenté con Láscaris sobre lo a propósito que me parecía aquel sitio para un atentado. Porque, además, esta es otra: a diferencia de hoy, en aquellos viajes entre la universidad de Costa Rica y

Heredia, si en cualquiera de los trayectos, de ida o de vuelta, encontrábamos ocho o diez coches que se cruzaban con nosotros eran muchos. Y el famoso trecho que a mí tanto me impresionaba del Virilla estaba siempre absolutamente desierto de vehículos y, claro es, de viandantes. ¡Igual que hoy! Lo anterior son algunos recuerdos que corresponden a mi primera estancia en el país como profesor extraordinario de la universidad. Poco antes de concluir mi contrato de ocho meses, algunos de los profesores de la cátedra de filosofía de Estudios Generales me ofrecieron una cena de despedida. Con anterioridad, informados por mí de que no pensaba regresar a Chile y de que mi mujer había presentado la renuncia a la universidad de Concepción en su nombre y en el mío, recuerdo que me insinuaron el que me quedara; me ofrecían una cátedra en el departamento de Filosofía, así como una para mi esposa. Me insistieron en que, por la experiencia de aquellos meses, estaban unánimemente satisfechos conmigo y que, por lo tanto, deseaban que me quedase. Más, insisto, no acepté, por razones que ahora no son del caso, pero, probablemente, por lo lluvioso del clima durante aquellos meses y por los famosos modos de comportamiento *puntuales*, que hacían muy difícil el establecimiento de relaciones verdaderamente amistosas. Lo de Láscaris fue, en cierto modo, una excepción. Y, sin embargo, tampoco la relación fue tan estrecha como hubiera podido ser, entre otras cosas, por un hecho: su relación o, mejor, falta de relación con el hombre que me había traído a Costa Rica, el Dr. Claudio Gutiérrez, director, repito, por entonces, de la cátedra de filosofía del centro de Estudios Generales. No sé si fue el propio Láscaris o alguna otra persona quien me habló del distanciamiento entre él y el Dr. Gutiérrez. Lo cierto es que, por esa causa, él nunca asistió al curso, en forma más bien de seminario, que yo di, durante casi toda mi estadía, los miércoles, a las tres de la tarde, para los profesores de filosofía de Estudios Generales. Ya indiqué que dicho curso fue sobre Fichte y el idealismo alemán y que de él salió, por interés y buena voluntad del recordado Roberto Murillo, un librito bajo el título de "Fichte y las raíces de la filosofía contemporánea", ya citado.

Había pasado, sin embargo, poco más de año y medio cuando un buen día recibí, en Cuenca, donde, de nuevo, estaba impartiendo clases en su universidad, una carta del Dr. Francisco A. Pacheco, dándome cuenta de la fundación de la Universidad Nacional -justo ahora está cumpliendo sus veinticinco años de edad-, de cuáles eran los propósitos de excelencia que para ella tenían los miembros de la Comisión organizadora ad hoc: despolitización, contratación de profesores muy valiosos de todo el mundo, etc., etc., y, finalmente, me invitaba, en nombre de dicha Comisión, a venir de nuevo, acompañado ahora de mi esposa y de mi familia, para hacerme cargo de la enseñanza de la filosofía en la nueva institución. En fin, después de algunas dudas iniciales, vinimos y, desde entonces, yo y los míos hemos hecho de este país nuestra quizás morada definitiva. Y, con este motivo, comenzó el nuevo período de relación con Láscaris, porque él también, como otros muchos buenos profesores de la universidad de Costa Rica, conocidos por mí ya algunos, otros por conocer, sin dejar de pertenecer a aquella universidad, vinieron a trabajar a esta otra Universidad Nacional, ansiosos de crear una universidad distinta, libre de la politización entonces tan arraigada en las universidades latinoamericanas sobre todo y con aspiración a la excelencia en los estudios.

El país ya me era conocido y no necesitaba de la protección y ayuda de la primera vez y, por esta razón, nuestra relación ahora, con independencia del mismo grado de amistad, fue distinta. En primer lugar, no nos veíamos tan a menudo como la primera, en que por vivir yo solo, sin hogar propio y sin la compañía de la familia, propendía a pasar la mayor parte del día, tuviera clases o no, en la universidad. Como en ésta, el círculo en que me movía era el de los Estudios Generales y el del Departamento de Filosofía, los encuentros con Láscaris, que vivía en ese mismo círculo, eran casi a diario. Ahora la situación era muy distinta. Vivíamos alejados; él en San José y yo en Heredia. Para mí la Universidad Nacional era todo, dado que, nunca más volví a dar clases en la de Costa Rica, a pesar de que, más de una vez, me lo solicitaron. Láscaris venía acá, pero no a diario, puesto que su tiempo de empleo era parcial. Y, sobre todo, aunque

nada de esto hubiera sido, había una razón fundamental para que ahora no fuera fácil un trato a diario, como antes, y es que tenía casa, tenía hogar, tenía conmigo a los míos y, por ello, pasaba la mayor parte del día en la casa, fuera de las obligadas horas en que tenía que ir a la universidad por motivo de las clases. Como, para evitar repeticiones, la Universidad Nacional no tuvo nunca estudios especiales de filosofía, mi labor, como profesor de esta disciplina, tuvo lugar en el Centro de Estudios Generales del que, por cierto, en los inicios, era jefe el Dr. Francisco A. Pacheco, como Decano de la que, por entonces, se denominaba Facultad de Graduados y de Estudios Generales. Facultad original, bien pensada, que, en principio, era algo así como entrada y salida para la universidad. Entrada, por el obligado año de Estudios Generales. Salida, porque se quiso que tuviera a su cargo todos los estudios de postgrado, maestrías y doctorados. Por cierto, que, a poco, con la famosa departamentalización -perdón por la palabreja- del Padre Núñez y, muy poco después, con la influencia de ciertos grises cerebros que comenzaron a implantar toda una serie de las que yo he denominado manías pedagógicas, no sólo se tras-tornó la original Facultad de Graduados y Estudios Generales, disminuyendo sus funciones y despojándola de profesores, que fueron a parar a los departamentos, sino que comenzó a resentirse la universidad toda. Perdió la originalidad con que en un comienzo fue concebida por las mejores cabezas de la Comisión ad hoc, se vulgarizó al convertirse en una de tantas universidades abundantemente politizadas que se prodigaron por todas las latitudes de América Latina y, lo que es peor, pero consecuencia obligada de todo ello, perdió aquella excelencia con que se la quiso en su concepción primera, por parte de un grupo de idealistas. Y lo más triste es que está evidente caída, declive y decadencia iba acompañada, por quienes ahora tenían el poder en ella, de una euforia y satisfacción, de un gran orgullo, como si en realidad estuvieran construyendo algo único, inédito y que valía la pena.

Constantino no formó parte del Centro de Estudios Generales y no sé si del Departamento de Filosofía. Las oportunidades, pues, de contacto con

él eran pocas. Mi relación recomenzó cuando, creo que a iniciativa suya y de un grupo de bienintencionados profesores, se creó el Instituto de Filosofía e Historia de la Ciencia y de la Técnica. Su director fue el Dr. Roberto Murillo y entre los profesores que ahora recuerdo estaban Láscaris, el Ing. Eliot Cohén, el Arq. Roberto Villalobos y yo. Con este motivo volvimos a vernos con alguna frecuencia. Pero, aún más que por las clases en el naciente Instituto, estuvimos en estrecha relación por un motivo distinto: la política. Por política se sobreentendía en el ámbito universitario las pugnas, zancadillas, serruchadas de piso, etc., etc., para alcanzar algún puesto o dignidad, director o decano de esto, de lo otro o de lo de más allá. El Instituto se fundó en el año 1973 y cualquiera que conozca un poco la historia de la Universidad Nacional sabe a qué alta temperatura se elevaba el ardor político por aquellos años. Era la época de la universidad necesaria, de una institución que se quería comprometida con el cambio social y en la que, por ende, más que la erudición, el saber y la experiencia en la enseñanza, valía el compromiso con la revolución y, en el orden intelectual, el compromiso y la adhesión a aquella ideología que se estimaba era el instrumento obligado para obtener éxito en el campo de los cambios sociales efectivos y que no hace falta señalar de cuál se trataba. Frente a esta marea, impulsada sobre todo por profesores y administrativos muy jóvenes, había un disminuido grupo de gentes que estábamos convencidas de la sinrazón, gratuidad, exageración y hasta aspecto cómico de todo aquello, pero que nada apenas podíamos hacer sino cumplir con nuestro deber y dar las clases lo mejor posible, si éramos profesores. Más que ira por aquel espectáculo, nos daba pena/pues estábamos archiconvencidos también, aparte sinrazón, gratuidad, etc., etc., de que ninguno de los fines que perseguían, con muchos de los cuales, quizás, muchos de nosotros estábamos conformes, podían conseguirse ni se iban a conseguir jamás mediante la politización de la universidad y su desvío, por consiguiente, de lo que debía ser su esencial y principal función. Tras muy bellas palabras, excelencia, investigación, etc., etc., en el fondo no había nada.

Pues bien: quise, muy rápidamente, describir, con sólo unas pocas pinceladas, el ambiente de la universidad por aquellos años, para entender cuál fue el resultado del intento de Constantino Láscaris de candidatizarse para un puesto vacante en el Consejo Universitario. Cuando me enteré de su deseo, recuerdo que lo comenté con mi esposa y a ambos nos pareció que sus posibilidades eran pocas. Pero, por otro lado, aleteaba dentro de nosotros un poco de esperanza por causa del prestigio de Láscaris dentro del país: su labor docente de cerca ya de veinte años y, aparte eso, su casi constante presencia ante el público por medio de la prensa y, sobre todo, de la televisión. Quizás, por una vez y a modo de excepción, ganemos alguna elección, nos decíamos.

Por la proximidad de mi casa a la universidad era frecuente, por aquellos años, que se convirtiera en algo así como local o centro de operaciones, en donde se venía, pues, a planear, a proyectar, a intercambiar opiniones por parte de los miembros de esa exigua minoría que nos tocaba casi siempre estar en la oposición y perder en las elecciones. En esta oportunidad, más de una vez estuvo Láscaris en casa para comentar acerca de la marcha de la candidatura. Recuerdo que una de esas veces nos dijo algo así como que la elección la tenía ya ganada. Venía lleno de optimismo. He hablado con multitud de personas, profesores, administrativos, estudiantes, nos dijo, y todos, casi sin excepción, me han prometido su voto. Uno era, insisto, escéptico, pues por experiencia sabía del valor de esas promesas. Mas, de otro lado, deseaba confiar. El contrincante en aquella ocasión era un joven, sin apenas historia o curriculum, en comparación con Constantino. Pero... era liberacionista. Y, para no seguir: llegó el día de las elecciones y la derrota fue total.

Una pérdida que, si bien se mira, dado el ambiente de la universidad por aquellos días, conociendo cuál era el clima y el despiste generalizado que se vivía en ella, fue un gran triunfo de Láscaris y una derrota o, mejor, una vergüenza para la universidad.

Seguimos viéndonos y conversando, pero no recuerdo ahora nada de relevante, hasta que, de improviso, nos vino la inesperada e infausta noticia de su muerte.

No he querido hablar aquí de su obra intelectual. Otros lo harán. Coincidíamos en nuestro común aprecio por los griegos y, en especial, por los presocráticos. En su caso, a causa de su antigua ayudantía en la cátedra de Santiago Montero Díaz, de quien más atrás conté alguna historia. Pero, para mí, lo importante en Constantino Láscaris era el hombre. Abierto a las gentes, resumaba optimismo y alegría. En épocas de dogmatismo e intolerancia era un tanto escéptico. Gustaba incluso, y en eso era muy español, de alardear de apertura hasta para las cosas en los límites de lo lícito y de lo ilícito, como cuando, por ejemplo, confesaba haberse fumado algún cigarrillo de marihuana. Era más propenso a decir sí que no y sólo anteponía un no rotundo a la sinrazón y a la tontería. Era crítico mordaz, pero no maldiciente, pues estaba a mil leguas de la maledicencia. Como crítico era poco creyente, en el sentido más amplio de esta última palabra. La razón le entusiasmaba y le resultaba insoportable la sinrazón. Era, en suma, más de Atenas que de Beocia. Pero tuvo que aguantarse a convivir más con los de esta última región que con los del Ática. Amaba ayudar, como he querido narrar y agradecer en este escrito y era el polo opuesto, por ende, de la corriente, trivial y rastrera "serruchada del piso". Y es que, por postrera vez, era *más* y no *menos*.